

Rafaelito y el Águila.

Erased una vez un niño llamado Rafaelito que vivía en un pequeño pueblo al sur de Extremadura que se llama Valuengo. Tenía 7 años y el pequeño de cuatro hermanos de una familia pobre. Su padre se dedicaba a la venta ambulante y su madre, a parte de las labores de su casa también cosía para las vecinas del pueblo. Ambos eran apreciados por todos los vecinos del pueblo.

Rafaelito era muy inteligente pero físicamente un poco endeble porque cuando pequeño sufrió varias enfermedades, aunque poco a poco se iba reponiendo. El maestro lo quería mucho y siempre contaba con él para dibujar o pintar en el encerado pues dibujaba muy bien y era el que mejor escribía de toda la clase. Por eso sus compañeros le envidiaban y se burlaban de él siempre. Cuando organizaban partidos de fútbol o se iban a bañar al río nunca contaban con él y Rafaelito se sentía triste. Sobre todo cuando organizaban concurso para ver quien se tiraba de lo más alto de la montaña a la charca del río "El Pontón" que pasaba cerca del pueblo. Él se escondía detrás de unas rocas y veía como sus compañeros uno a uno se tiraban desde lo alto a la charca.

Muy cerquita del pueblo vivía en un chozo, un anciano que se llamaba "José El tuerto". También tenía ganado: ovejas, burros, perros y gallinas, y Rafaelito pasaba mucho tiempo con él y aprendía muchas cosas. El anciano lo quería mucho y le gustaba que el niño le visitara de vez en cuando.

Un día Rafaelito se encontró un huevo de Águila en un nido que él ya conocía de otros años. Y se lo llevó a su amigo José el Tuerto para que lo pusiera con una gallina que estaba incubando.

En pocos días, los huevos se abrieron y el del águila también, y ésta estaba rodeada de pollitos y ella se pensaba que era otro pollito más. Pronto, por su aspecto diferente, los demás pollitos comenzaron a burlarse de ella; los pollitos eran preciosos y se movían por el corral con gracia y con rapidez y el águila convencida de que era un pollito se sentía fea y muy torpe. Todo el día se burlaban de ella así que la pobre crecía con pena y

con miedo .No se sentía integrada y sufría mucho. Lo mismo que Rafaelito en la escuela.

El águila comenzó a crecer y cada vez era más fuerte y esbelta, pero las gallinas ya grandes seguían despreciándola por ser diferente a ellas. Ella seguía picoteando en el suelo, comiendo y comportándose como siempre habían hecho las gallinas. Rafaelito iba a verla todas las tardes cuando salía de la escuela.

La insatisfacción y el vacío seguían creciendo en su interior, lo mismo que lo que sentía Rafaelito. Sentía que le faltaba algo, que su destino no podía ser pasarse la vida picoteando el suelo en aquel pequeño corral. Sentía que tenía que haber algo más.

Rafaelito sufría viendo como su águila se comportaba como una gallina y eso no le gustaba, porque se sentía culpable por haber llevado el huevo.

Un día, una extraordinaria águila sobrevoló una y otra vez el pueblo. Las gallinas corrían como locas a esconderse. Sin embargo, la joven águila se quedó quieta y sorprendida al ver aquella maravillosa águila volando y surcando los cielos con majestuosidad.

Las gallinas le gritaban para que se escondiese pero ella no hacía caso. Y el águila después desapareció de los cielos y la joven águila empezó a gritar; <! Yo quiero hacer eso, yo quiero volar, voy a intentarlo, yo quiero volar!>. Entonces las gallinas salieron de su escondite y empezaron a reírse de ella y le decían; <Pero si eres una gallina, no te hagas ilusiones, tú no podrás volar nunca.

El águila agachó la cabeza y dejó que las gallinas le robaran sus sueños.

El anciano y Rafaelito fueron testigo de todo y sabían lo que estaba sufriendo.

Entonces José El Tuerto le dijo a Rafaelito: < Ha llegado la hora. Entró en el corral, le puso una capucha al águila.la cogió y empezaron a caminar los dos juntos. Y llegaron a la montaña desde donde se tiraban sus compañeros al rio. Se sentaron al borde y José le dijo a Rafaelito: -Tú y el águila estáis unidos en el alma, los dos sois muy especiales, los dos habéis

sufrido el mismo mal, y los dos habéis escuchado las mismas cosas durante tiempo, os han atado las alas y os han querido robar vuestros sueños.

Hasta ahora tú, Rafaelito, has vivido preocupado e influenciado por las opiniones de los demás. A los dos os han metido miedo y os han hecho ver que no valáis para nada.

Pero ya ha llegado la hora de que deis el salto a la liberación, el momento de romper las cadenas de todos los miedos y volar libre.

Ahora quiero que te pongas en pie, yo quitaré la capucha al águila y en ese momento darás un salto y soltaras al águila al mismo tiempo. Vuestras almas se unirán en ese instante y los dos volaréis libre para siempre.

Rafaelito confió en el Anciano, se puso en pie, con el alma en un puño, el corazón latiendo como nunca, respiró profundamente, elevó el águila en sus manos, saltó gritando, empujando el águila hacia el cielo y se lanzó al agua.

Rafaelito cayó al agua y el águila voló hacia el cielo. Cuando Rafaelito emergió del agua lanzó un grito tan fuerte que se oyó en todo el pueblo: el grito de la libertad y la liberación de todos sus miedos. Sus miedos y sus falsas creencia quedaron en el fondo del río.

Y colorín, colorado este cuento se ha acabado.

Nando Juglar, 2017